

Mictlanteuctli, dios del infierno, con el sacrificio nocturno de un prisionero, y la segunda de Jacateuctli, dios de los mercaderes. El nombre *Tititl**, que daban a este mes, significa el repeluzno que por aquel tiempo ocasiona el frio.

En el decimo octavo, y ultimo mes, que empezaba a 1 de Febrero, se hacia la segunda fiesta del dios del fuego. El dia 10 salia toda la juventud a caza de fieras en los bosques, y de pajaros en el lago. El 16 se apagaba el fuego del templo, y de las casas, y hacian el nuevo delante del idolo, que estaba adornado, para esta solemnidad, con plumas, y joyas. Los cazadores presentaban a los sacerdotes, todo cuanto habian cogido, y de aquello se ofrecia una parte en holocausto a los dioses, y la otra se sacrificaba, y condimentaba para la nobleza, y los sacerdotes. Las mugeres hacian oblaciones de Jamalli, que se distribuian entre los cazadores. Una de las ceremonias de esta fiesta era perforar las orejas a los niños de uno, y otro sexo, para ponerles pendientes: pero lo mas singular era que no se hacia sacrificio de victimas humanas.

Celebrabase ademas en el mismo mes la fiesta segunda de la madre de los dioses, de la que nada se sabe si no la practica ridicula de levantar en el aire por las orejas a los muchachos, creyendo que de este modo llegarían a una alta estatura. Tampoco puedo decir nada acerca del nombre de *Izcalli* que daban a este mes. *Izcalli* quiere decir he aqui la casa: pero la interpretacion que le dan Torquemada y Leon me parece demasiado violenta.

Cumplidos el 20 de Febrero los diez y ocho meses del año Megicano, empezaban en el 21, los cinco dias Nemontemi, en los cuales no se celebraba ninguna fiesta, ni se emprendia ningun negocio, ni pleito, por que se creian infaustos. El que nacia en estos dias, si era varon se llamaba *Nemoquichtli*, es decir, hombre inutil, y si muger *Nemihuatl*, muger inutil.

Las fiestas anuales eran mas solemnes en el *Teogihuitl*, o año divino, que era el que tenia por caracter el conejo. Entonces eran mas numerosos los sacrificios, mas abundantes las oblaciones, y mas solennes los bailes, especialmente en Tlascala, Huejotzinco, y Cholula. Igualmente era mas solemne la celebracion de las fiestas en el principio de cada periodo de trece años, esto es, en los años primero conejo, primera caña, primer pedernal, y primera casa.

* Leon dice que *Tititl* significa nuestro vientre: los que saben la lengua Megicana echarán de ver que este nombre seria un gran solecismo;

Fiesta Secular.

Pero la mayor, y mas solemne de las fiestas, no solo entre los Megicanos, sino en todas las naciones de aquel imperio, y en las vecinas a él, era la secular que se hacia de cincuenta y dos, en cincuenta y dos años. La ultima noche del siglo, apagaban el fuego, en los templos, y en las casas, y rompian los vasos, las ollas, y toda su vasigeria. Asi se preparaban al fin del mundo, que temian debia llegar al fin de cada siglo. Salían del templo, y de la ciudad los sacerdotes vestidos, y adornados como los diferentes dioses, y acompañados de un tropel inmenso, se encaminaban al monte Huijachtla, cerca de la ciudad de Iztapalapan, a mas de seis millas de la capital. Arreglaban de tal modo su viage por la observacion de las estrellas, que pudiesen llegar al monte un poco antes de media noche, y en la cima debia hacerse la renovacion del fuego. Entretanto el pueblo estaba en gran sobresalto, esperando por un lado la seguridad de un nuevo siglo, con el nuevo fuego, y temiendo por otro la ruina del mundo, si, por disposicion de los dioses no se hubiera encendido. Los maridos cubrian el rostro a las mugeres preñadas con hojas de maguei, y las encerraban en los graneros, temerosos de que se convirtiesen en fieras, y los devorasen. Tambien cubrian el rostro a los niños, y no los dejaban dormir, para evitar que se transformasen en ratones. Los que no habian ido con los sacerdotes, subian a las azoteas, para observar desde alli el exito de la ceremonia. El oficio de sacar el fuego tocaba esclusivamente a un sacerdote de Copolco, que era uno de los barrios de la ciudad. Los instrumentos con que se sacaba, eran, como despues diremos, dos pedazos de leña, y la operacion se hacia sobre el pecho de un prisionero de alta gerarquia, que despues sacrificaban. Cuando se encendia el fuego, todos prorrumpian en exclamaciones de gozo. Hacia se una gran hoguera en el mismo monte, para que se viese de lejos, y en ella quemaban a la victima sacrificada. Todos iban con anelo a tomar de aquel fuego sagrado, para llevarlo con la mayor prontitud posible a sus casas. Los sacerdotes lo llevaban al templo mayor de Megico, de donde se proveian todos los habitantes de aquella capital. Los trece dias siguientes a la renovacion del fuego, que eran los intercalares, que se introducian entre uno, y otro siglo, para ajustar el año al curso solar, se ocupaban en componer, y blanquear los edificios publicos, y privados, y en comprar nueva vagilla, y nueva ropa: para que todo fuese, o pareciese nuevo, al principio del nuevo

siglo. El primer día de aquel año, y de aquel siglo, que era, como hemos dicho, el 26 de Febrero, a nadie era lícito beber agua antes de medio día. A la misma hora empezaban los sacrificios, cuyo número correspondía a la solemnidad de la fiesta. Resonaban por todas partes las voces de júbilo, y las mutuas enhorabuenas por el nuevo siglo que el cielo les concedía. Las iluminaciones de las primeras noches eran magníficas, y no menos esplendidos, y suntuosos los convites, los bailes, las galas, y los juegos públicos. Entre ellos se hacía, en medio de un gran concurso, y con las mayores demostraciones de alegría, el juego de los voladores, de que después hablaremos; en el cual había cuatro voladores, y cada uno daba trece vueltas, para significar los cuatro periodos de trece años de que se componía el siglo.

Lo que hemos dicho hasta ahora acerca de las fiestas de los Megicanos, muestra claramente cuán supersticiosos eran los pueblos antiguos de Anahuac; y todavía se hará más patente en los pormenores que vamos a ofrecer al lector sobre los ritos que observaban en el nacimiento de sus hijos, en sus matrimonios, y en sus exequias funebres.

Ritos de los Megicanos en el nacimiento de sus hijos.

Cuando salía a luz el niño, la partera, después de haberle cortado el cordón umbilical, y enterrado la secundina, le lavaba el cuerpo, diciéndole estas palabras: "Recibe el agua, pues tu madre es la diosa Chalchiuhcueye. Este baño te lavará las manchas que sacaste del vientre de tu madre, te limpiará el corazón, y te dará una vida buena, y perfecta." Después volviéndose a la diosa le pedía la misma gracia, y tomando otra vez el agua con la mano derecha, y soplando en ella, humedecía la boca, la cabeza, y el pecho del niño. Seguía a esto un baño general, durante el cual decía la partera: "Descienda el dios invisible a esta agua, y te borre todos los pecados, y todas las inmundicias, y te libre de la mala fortuna," y dirigiendo la palabra al niño, continuaba: "Niño gracioso, los dioses Omoteuctli, y Omecihuatl te criaron en el lugar más alto del cielo, para enviarte al mundo: pero ten presente que la vida que empiezas es triste, dolorosa, y llena de males, y de miserias; no podrás comer pan, sin trabajar. Dios te ayude en las muchas adversidades que te aguardan," y acababa la ceremonia dando la enhorabuena a los padres, y parientes del recién nacido. Si este era hijo de rei, o de algún señor, visitaban al padre

sus principales subditos, para felicitarlos, y vaticinar buena suerte al niño*.

Dado aquel primer baño, consultaban a los adivinos sobre la buena o mala dicha del niño, informándolos antes del día, y de la hora de su nacimiento. Los adivinos consideraban la calidad del signo propio de aquel día, y del signo dominante en aquel periodo de trece años, y si había nacido a media noche, comparaban el del día que acababa, y el del que empezaba. Hechas estas observaciones, declaraban la buena o mala fortuna del infante. Si era infausta, y lo era también el quinto día después del nacimiento, que era cuando se daba el segundo baño, se prorrogaba esta ceremonia para otro día más favorable. A esta ceremonia, que era más solemne que la primera, convidaban a todos los parientes, y amigos, y a muchos niños, y si eran gentes acomodadas, daban un gran banquete, y regalaban vestidos a todos los convidados. Si el padre era militar, preparaba para aquel día un pequeño arco, cuatro flechas del mismo tamaño, y un traje, acomodado al cuerpo del niño, de la misma hechura que el que había de usar siendo adulto. Si era artesano o labrador, preparaba algunos instrumentos pequeños, análogos a su oficio o profesión. Si era niña, le apercebían un traje correspondiente a su sexo, un huso pequeño, o algún otro utensilio para tejer. Encendían muchas luces, y la partera, tomando al niño en brazos, lo llevaba por todo el patio de la casa, y lo colocaba sobre un montón de hojas, junto a una vasija llena de agua, y puesta en medio del patio. Allí lo desnudaba diciendo: "Hijo mío, los dioses Omoteuctli, y Omecihuatl, señores del cielo, te han mandado a este triste, y calamitoso mundo. Recibe este agua, que ha de darte la vida." Después de haberle limpiado la boca, la cabeza, y el pecho, con fórmulas semejantes a las del primer baño, le lavaba todo el cuerpo, y frotándole cada uno de sus miembros le decía: "¿donde estás, mala fortuna? Anda fuera de este niño." Dicho esto, lo alzaba para ofrecerlo a los dioses,

* En Guatemala, y otras provincias vecinas se celebraba el nacimiento de los hijos con más solemnidad, y superstición. Inmediatamente después de aquel suceso, se sacrificaba un pabo. El baño se verificaba en algún río o fuente, donde hacían oblações de copal, y sacrificios de papagallos. El cordón umbilical se cortaba sobre una mazorca de maíz, y con un cuchillo nuevo, el cual se arrojaba inmediatamente al río. Sembraban el grano de aquella mazorca, y la cuidaban con el mayor esmero, como una cosa sagrada. La cosecha que de él provenía, se dividía en tres partes; una para el adivino, otra para que sirviese de alimento al niño, y guardaban la tercera, para que este la sembrase, cuando estubiese en edad de hacerlo.

rogandoles que lo adornasen con todas las virtudes. La primera oracion se hacia a las dos divinidades mencionadas; la segunda, a la diosa de las aguas; la tercera a todos los dioses, y la cuarta al sol, y a la tierra. "Tú, sol, decia la partera, padre de todos los vivientes, y tú, tierra, nuestra madre, acoged a este niño, y protegedlo como a hijo vuestro; y pues nacio para la guerra (si su padre era militar) muera en ella defendiendo el honor de los dioses, afin de que pueda gozar en el cielo las delicias destinadas a todos los hombres valientes, que por tan buena causa sacrifican sus vidas." Ponianle en seguida en las manitas los instrumentos del arte que debia egercer, con una oracion dirigida al dios tutelar de aquella profesion. Si el niño era hijo de militar, las pequeñas armas que servian en aquella ceremonia se enterraban en un campo, donde se sospechaba que podria pelear en el porvenir, y los utensilios mugeriles, si era hembra, en la misma casa, debajo del metlatl, o piedra para moler el maiz. En aquella misma ocasion, se hacia, segun Boturini, la ceremonia de pasar cuatro veces al niño por sobre las llamas.

Antes de poner los instrumentos en las manos del recién-nacido, rogaba la partera a los niños convidados, que le pusiesen nombre, y ellos le daban el que les habian sugerido los padres. Despues lo vestia la partera, y lo ponía en la cuna, rogando a Joalticil, diosa de las cunas, que lo calentase, y guardase en su seno, y a Joalteuctli, dios de la noche, que lo adormeciese.

El nombre que se daba al niño se tomaba a veces del signo del día de su nacimiento (lo que sucedia mas frecuentemente entre los Mijteques) como *Macuilcoatl*, o quinta sierpe, *Omecalli*, o segunda casa. Otras veces, de las circunstancias ocurridas en el nacimiento, como sucedio a uno de los cuatro gefes que regian la republica de Tlascala cuando llegaron los Españoles, pues se le llamó *Citlalpopoca*, o estrella humeante, por haber nacido en tiempo de un cometa. Al que nacia el día de la renovacion del fuego, si era varon se le llamaba *Molpilli*, y si era hembra *Giuhnenetl*, aludiendo ambos nombres a las particularidades de aquella fiesta. Tambien se daban frecuentemente a los varones, nombres de animales, y a las hembras de flores, en lo que probablemente seguirian los sueños de los padres, o los consejos de los adivinos. Por lo comun no se daba mas que un nombre, pero los varones solian adquirir un sobrenombre con sus proezas, como sucedio a Moteuczoma I, que por sus hazañas se llamó *Ilhuicamina*, y *Tlacaele*.

Terminadas las solemnidades del baño, se daba el convite, en el

cual cada uno procuraba lucir segun sus facultades. En estos casos solian beber mas de lo acostumbrado, pero no salia de casa el desconcierto de la embriaguez. Las luces se tenian encendidas hasta consumirse, y se tenia particular esmero en conservar el fuego, durante los cuatro dias que mediaban entre el primero, y el segundo baño, por que si se apagaba, creian que era mal agüero para el niño. Esta misma celebridad se repetia cuando lo destetaban, que era a la edad de tres años*.

Ritos Nupciales.

En los casamientos, aunque habia ritos supersticiosos, como en todas las operaciones de aquellas gentes, nada se hacia sin embargo contrario a las leyes del pudor. Estaba severamente prohibido, como despues veremos, tanto por las leyes de Megico, como por las de Michuacan, todo enlace matrimonial, entre parientes en primer grado de consanguinidad, o de afinidad, exepto entre cuñados†. Los padres eran los que contrataban el matrimonio, y jamas se celebraba sin su consentimiento. Cuando el hijo llegaba a edad de poder sostener las cargas del estado, que en los hombres era de veinte a veintidos años, y en las mugeres a los diez y siete o diez y ocho, buscaban sus padres una esposa que le conviniese: pero antes consultaban a los adivinos, y estos, despues de haber considerado los dias del nacimiento de los novios, decidian la felicidad, o la desgracia del consorcio. Si por la combinacion de los signos declaraban infausta la alianza, se dejaba aquella doncella, y se buscaba otra. Si el pronostico era feliz, se pedia la doncella a sus padres, por medio de unas mugeres, que se llamaban *cihuatlanque*, o solicitadoras, que

* En Guatemala se hacian las mismas fiestas cuando el niño empezaba a andar, y por siete años continuos se celebraba el aniversario de su nacimiento.

† En el libro iv, tit. 2, del tercer concilio provincial de Megico, se supone que los gentiles de aquel nuevo mundo se casaban con sus hermanas: pero es necesario saber que el celo de aquellos padres no se limitaba al imperio Megicano, en que no se permitian aquellos consorcios, si no que se estendia a los barbaros Chichimecos, y Panuqueses, y a otras naciones mas desarregladas en sus costumbres. No hai duda que el concilio habla de aquellos barbaros que a la sazón (en 1585) se iban reduciendo al Cristianismo, no ya de los Megicanos, ni de los otros pueblos sometidos a ellos, que se habian convertido muchos años antes. Ademas que en el intervalo de los cuatro años que mediaron entre la conquista, y la publicacion del Evangelio, se introdujeron en aquellas naciones muchos abusos que no habian sido tolerados en tiempo de sus reyes, como lo testifican los Misioneros Apostolicos que se emplearon en su conversion.

eran las mas respetables de la familia del novio. Estas iban por primera vez a media noche a casa de la futura, llevaban un regalo a sus padres, y la pedian con palabras humildes, y discretas. La primera demanda era infaliblemente desechada, por ventajoso que fuese el casamiento, y por mucho que gustase a los padres, los cuales pretestaban de cualquier modo su repugnancia. Pasados algunos dias, volvian aquellas mugeres a hacer la misma peticion, usando de ruegos, y razones para apoyarla, y dando cuenta de las prendas, y bienes del joven, de lo que podia dar en dote a la doncella, y preguntando en fin lo que esta poseia. Esta segunda vez respondian los padres que antes de resolverse era necesario consultar la voluntad de su hija, y la opinion de los parientes. Las mugeres no volvian mas, y los padres enviaban la respuesta decisiva por medio de otras de su familia.

Obtenida finalmente una respuesta favorable, y señalado el dia de la boda, despues de haber los padres de la doncella exortadola a la fidelidad, y a la obediencia a su marido, y a observar una conducta honrosa a su familia, la conducian con gran acompañamiento, y musica a casa del suegro, y si era noble, la llevaban en una litera. El novio, y los suegros la recibian a la puerta de su casa, precedidos por cuatro mugeres, que llevaban luces en las manos. Al llegar se incensaban mutuamente los novios. El joven tomaba por la mano a la doncella, y la conducia a la sala destinada a celebrar la boda. Ponianse los dos en una estera nueva, y curiosamente labrada, que estaba colocada en medio de la pieza, y junto al fuego, que se habia preparado para aquella ocasion. Entonces un sacerdote ataba una punta del *huepilli*, o camisa de la doncella, con otra del *tilmatli*, o capa del joven, y en esto consistia esencialmente el contrato matrimonial. Daba despues ella siete vueltas en torno del fuego, y vuelta a la estera, ofrecia con el novio un poco de copal a los dioses, y ambos se hacian algunos mutuos regalos. Seguia el banquete. Los esposos comian en la estera, sirviendose uno a otro, y los convidados en sus sitios. Cuando estos se habian animado con el vino, que no se escaseaba en aquellas ocasiones, salian a bailar al patio, quedando los esposos en aquella estancia durante los cuatro dias siguientes, sin salir de ella, si no a media noche, para incensar a los idolos, y hacerles oblaciones de diversas especies de manjares. Aquel tiempo lo pasaban en oracion, y ayuno, vestidos con trages nuevos, y adornados con las insignias de los dioses de su devocion, sin abandonarse al menor exeso indecente, por que creian que seria inevitable el castigo

del cielo, si cometiesen tal debilidad. En aquellas noches sus camas eran dos esteras nuevas de junco, cubiertas con unos lienzos pequeños, teniendo en medio unas plumas, y una piedra preciosa llamada *chalchihuitl*. En los cuatro angulos ponian cañas verdes, y espinas de maguei, para sacarse sangre de la lengua, y de las orejas, en honor de sus dioses. Los sacerdotes eran los que hacian las camas para santificar el matrimonio: pero ignoro el misterio de la joya, de las plumas, y de las cañas. Hasta la cuarta noche no se consumaba el matrimonio, creyendo que seria infausto, si se anticipaba la consumacion. En la mañana siguiente se lavaban, se vestian de nuevo, y los convidados se adornaban la cabeza con plumas blancas, y las manos, y los pies con plumas rojas. Concluia la funcion con regalar trages a los convidados, segun las facultades de los esposos, y con llevar al templo las esteras, los lienzos, las cañas, y los manjares presentados a los idolos.

Estos usos no eran tan generales en el imperio que no hubiese algunas particularidades en ciertos paises. En Ichcatlan, el que queria casarse, se presentaba a los sacerdotes, y estos lo conducian al templo, donde delante de los idolos que en él se adoraban, le cortaban algunos cabellos, y enseñandolo al pueblo, gritaban: "Este quiere casarse." De alli lo hacian bajar, y tomar la primer muger libre que encontraba, como si aquella fuese la que le destinasen los dioses. La que no lo queria por marido evitaba acercarse al templo en aquella ocasion, a fin de no verse obligada a casarse con él. Por lo demas se conformaban a los ritos nupciales de los Megicanos.

A los Otomites era licito abusar de cualquiera soltera, antes de casarse. Cuando alguno de ellos se casaba, si en la primera noche hallaba en la muger algo que le desagradase, podia repudiarla al dia siguiente: pero si se mostraba contento aquella vez, ya no le era permitido dejarla. Ratificado de este modo el matrimonio, se retiraban los esposos a hacer penitencia de los antiguos deslices, por veinte o treinta dias, durante los cuales se astenian de los placeres sensuales, se sacaban sangre, y se bañaban frecuentemente.

Entre los Mijteques, ademas de la ceremonia de anudar los trages de los esposos, les cortaban parte de los cabellos, y el novio llevaba en hombros a la novia.

La poligamia era permitida en el imperio Megicano. Los reyes y los señores tenian gran numero de mugeres: pero es de creer que solo con las principales observasen todas aquellas ceremonias, limitandose con las otras, al acto de anudar los vestidos.

Los teólogos y los canonistas Españoles que pasaron a Megico inmediatamente despues de la conquista, como no estaban instruidos en los usos de aquellos pueblos, tubieron dudas acerca de sus matrimonios: pero habiendo aprendido despues la lengua, y examinado diligentemente este y otros puntos importantes, reconocieron sus casamientos por verdaderos, y legitimos. El papa Paulo III, y los concilios provinciales de Megico, mandaron, segun los canones, que todos aquellos que abrazasen la fe Cristiana, conservasen la primera muger con quien se habian casado, y se separasen de las otras.

Exequias.

En nada eran tan supersticiosos los Megicanos como en sus ritos funebres. Cuando alguno moria, se llamaba a ciertos maestros de ceremonias mortuorias, que eran por lo comun hombres de cierta consideracion. Estos, habiendo cortado muchos pedazos de papel, cubrian con ellos el cadaver, y tomando un vaso de agua, se la esparcian por la cabeza, diciendo que aquella era el agua que se formaba durante la vida del hombre. Vestianlo despues de un modo correspondiente a su condicion, a sus facultades, y a las circunstancias de su muerte. Si el muerto habia sido militar, lo vestian como el idolo de Huitzilopochtli; si mercader como el de Jacatencitli; si artesano, como el del protector de su oficio. El que moria ahogado, se vestia como el de Tlaloc; el que era ajusticiado por adultero, como el de Tlazoteotl, y el borracho como el de Tezcatzoncatl, dios del vino. Asi que, como dice Gomara, mas ropa se ponian despues de muertos, que cuando estaban en vida.

Poniale despues entre los vestidos un jarro de agua, que debia servirle para el viage al otro mundo, y dabanle sucesivamente algunos pedazos de papel, esplicandoles el uso de cada uno de ellos. En el primero, decian al muerto: "Con este pasarás sin peligro entre los dos montes que estan peleando." Al segundo: "Con este caminarás sin estorvo por el camino defendido por la gran serpiente." Al tercero: "Con este iras seguro por el sitio en que está el gran cocodrilo Jochitonal." El cuarto era un salvo-conducto para los ocho desiertos. El quinto para los ocho collados, y el sexto para el viento agudo, pues fingian que debian pasar por un sitio llamado *Itzehecayan*, donde reinaba un viento tan fuerte que levantaba las piedras, y tan sutil que cortaba como un cuchillo. Por lo mismo quemaban los vestidos del muerto, sus armas, y algunas provisiones, para que el calor de aquel fuego lo preservase del frio de aquel viento terrible.

Una de las principales y mas ridiculas ceremonias era la de matar un *techichi*, cuadrupedo domestico, como ya hemos dicho, semejante a nuestros perros, con el obgeto de que acompañase al difunto en su viage. Atabanle una cuerda al cuello, para que pasase el profundo rio de *Chihnahapan*, o de las nueve aguas. Enterraban al *techichi*, o lo quemaban con su amo, segun el genero de muerte que este habia tenido. Mientras los maestros de ceremonias encendian el fuego, en que debia quemarse el cadaver, los otros sacerdotes entonaban un himno funebre. Despues de haberlo quemado, recogian en una olla todas las cenizas, y entre ellas ponian una joya de poco o mucho precio, segun las facultades del muerto, la cual decian que debia servirle de corazon en el otro mundo. La olla se enterraba en una huesa profunda, y durante cuatro dias hacian sobre ella oblaciones de pan y vino.

Tales eran los ritos funebres de la gente ordinaria: pero en las exequias de los reyes, y respectivamente en las de los señores, y otras personas de alta gerarquia, intervenian otras particularidades dignas de notarse. Cuando el rei se ponía malo, dice Gomara, se ponian mascarar a los idolos de Huitzilopochtli, y Tezcatlipoca, y no se les quitaban, hasta que sanaba o moria: pero lo cierto es que el idolo de Huitzilopochtli tenia siempre dos mascarar. Al punto que el rei de Megico espiraba, se publicaba la noticia con gran aparato, y se avisaba a todos los señores, ora estuviesen en la corte, ora fuera de ella, para que asistiesen a las exequias. Entretanto colocaban el cadaver real en primorosas esteras, y le hacian la guardia sus domesticos. Al cuarto o quinto dia, cuando ya habian llegado los señores, con sus trages de gala, hermosas plumas, y los esclavos que debian acompañarlos en la ceremonia, ponian al cadaver quince o mas vestidos finisimos de algodón de varios colores, adornabanlo con joyas de oro, plata, y piedras preciosas, le suspendian del labio inferior una esmeralda que debia servirle de corazon, cubrianle el rostro con una mascarar, y sobre los trages le ponian las insignias del dios en cuyo templo o atrio debian enterrarse las cenizas. Cortabanle una parte del cabello, y con otra que le habian cortado en su infancia, la guardaban en una cagita, para perpetuar, como ellos decian la memoria del difunto. Sobre esta cagita colocaban su retrato, de madera, o de piedra. Despues mataban al esclavo que le habia servido de capellan, o cuidado de su oratorio, y de todo lo correspondiente al culto privado de sus dioses, a fin de que tubiese el mismo empleo en el otro mundo.